



www.loqueleo.es

© 2023, Jordi Sierra i Fabra

© De esta edición:

2023, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-544-7

Depósito legal: M-19642-2023

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2023

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

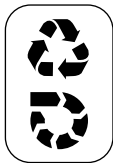
Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

METAVEASO

Jordi Sierra i Fabra

loqueleg

Ahora

5

Entró de forma tan violenta y atropellada que la mujer se lo quedó mirando por encima de las gafas, un poco asustada, con los ojos fijos en él y la cabeza baja. Acababa de sobresaltarla y su expresión era reprobadora, severa. No había nadie más en la sala. Ningún paciente esperaba. Estaban solos, los dos. Solos bajo el silencio. Ella sentada detrás de la mesa, de cara a la puerta, y él todavía agitado, respirando de manera entrecortada.

Sudaba.

Un sudor desagradable que formaba decenas de minúsculas gotitas perlándole el rostro.

Se acercó a la mesa.

Vaciló.

—¿El doctor?

Un psiquiatra era un doctor, ¿no?

La mujer se tomó su tiempo. Siguió escudriñándole, valorando cada detalle, la ropa, las manos, el temblor de la mandíbula...

—¿Tiene hora?

—No, no.

—Entonces...

—He visto el nombre abajo, en la entrada. Por favor...

—El señor Janos tiene una visita —dijo ella.

No lo llamó doctor. Tampoco empleó la palabra *paciente*, sino *visita*. A él le dio igual.

—Es... urgente. —Trató de parecer lo más convincente posible.

—Puedo darle cita para...

6

—No, ha de ser ahora —la interrumpió.

La mujer se envaró un poco. Se la notaba más y más molesta, también precavida. A la consulta de un psiquiatra debían acudir personas con variados problemas y variadas sintomatologías. Mejor no precipitarse.

Después de todo, no era más que la recepcionista.

Quizá una secretaria.

—¿Cómo se llama?

—Ian.

—¿Solo Ian?

—Sí, solo Ian.

Comprobó la hora en su relojito de pulsera, más y más molesta. Ni siquiera lo disimuló. Debió evaluar algo mentalmente. Luego pareció resignarse.

—Puede que el señor Janos tarde un poco.

—Esperaré —dijo él.

—Si quiere regresar en unos treinta minutos...

Fue como si le mentara un cataclismo, el apocalipsis. Volvió la cabeza en dirección a la puerta y se estremeció. Luego tragó saliva de manera tan aparatosa que el ruido,

cavernoso, se hizo audible a su alrededor. Los ojos expresaron mucho más que miedo.

Zozobra, angustia, desconcierto.

—Esperaré... aquí —se enfrentó de nuevo a ella.

Estaba acorralada. Sostuvo por última vez aquella mirada mitad enloquecida, mitad perdida y señaló las sillas ubicadas a ambos lados de la puerta y de su mesa.

—De acuerdo, si quiere sentarse...

Ian no le dio tiempo a terminar la frase. Retrocedió, ocupó una de las sillas de la izquierda y casi dio la impresión de que se aferraba a ella para no caer, como si quisiera comprobar que se trataba de algo sólido.

Sólido y real.

Luego hundió los ojos en el suelo y se quedó quieto.

Quieto entre la puerta y lo que hubiera al otro lado, y la mujer, que volvió a ocuparse con lo que estaba haciendo cuando él entró.

No hubo más.

Salvo que, en los minutos siguientes, el silencio fue casi un grito.

Vida 1

1

8 Era la primera vez que entraba en aquella discoteca.

Buena música, buen ambiente, buenas vibraciones.

Se quedó en la parte alta, con la pista bañada por las luces multicolores un poco más abajo y el bar, igualmente repleto, a la derecha. Era imposible quedarse quieto ante aquel torrente decibélico, así que movió los pies.

Luego el cuerpo.

Ian sonrió.

—¡Uao! —exclamó para sí mismo.

Permaneció quieto, a la expectativa, sin atreverse a dar un paso. ¿Se sumergía en la pista? ¿Se refrescaba primero un poco? Entre una cosa y otra siguió donde estaba, paseando la vista por todas partes.

Las chicas, de primera.

Vestidos minúsculos, largas cabelleras de colores, brazos y piernas esbeltas, maquillajes medidos, cuerpos de ensueño. Los chicos, por supuesto, estaban a la altura, pero centró toda la atención en ellas.

Soñar era gratis.

La música se hizo brutal cuando el *disc jockey* cambió de ritmo. Debió pasar de cuatro *bps* a ocho o más en un abrir y cerrar de ojos. La explosión lúdica de los danzantes se hizo más intensa. Brazos en alto, cuerpos cimbreantes y un griterío que, por un momento, rivalizó con el sonido. Las ráfagas de luces estroboscópicas ametrallaron a la marea humana aprisionada en aquel espacio abarrotado.

Viernes noche.

Ian quiso gritar.

El lugar ideal, perfecto, y él allí solo.

¿Ninguna de aquellas chicas iba a fijarse en él?

Ninguna...

Como la pelirroja.

—¡Por Dios! —suspiró.

¿Recordaba haber visto alguna chica igual en la vida?

En el cine sí, claro. Pero en la vida real...

Era la suma de todas sus fantasías, y no únicamente por el provocativo color de pelo, rojo como una llamareda. Ojos grandes, inmensos, con el iris aislado como una mota verde en el blanco de su océano; labios carnosos, pintados de rojo; el óvalo de la cara perfectamente modelado; el cuerpo sin rectas ni ángulos, lleno de curvas, montes y valles. Y estaba sola, como él, apoyada en una columna a menos de tres metros.

Bebía de forma indolente.

Quieta.

La estaba mirando tan embobado, tan embelesado, que fue como si sus ojos llamaran a la puerta de su alma.

Dos aldabonazos sonoros. De pronto, ella movió la cabeza y lo miró a él.

Ian se sintió perdido.

Atravesado por aquel fuego devorador.

Tardó un segundo de más en apartar la cabeza. Tardó un segundo de más en reaccionar. Tardó un segundo de más en darse cuenta de que la suya era una mirada tan inocente como acosadora.

Reaccionó.

10 Miró al frente.

Aunque tuvo la sensación de que, ahora, ella lo miraba a él.

2

Tardó un poco en recuperarse.

Calmarse.

Y, para cuando, de manera fingidamente despistada, miró de soslayo a la pelirroja, ella ya no estaba allí.

Destensó el cuerpo. Primero la buscó con los ojos, sin mover la cabeza. Después sí dio una vuelta de trescientos sesenta grados sobre sí mismo.

El mismo resultado.

Nada.

¿A dónde podía haber ido? Con aquella mata de pelo roja era imposible que pudiera pasar desapercibida. Y sin embargo...

Había otras dos o tres pelirrojas, pero no eran ella.

Ni por asomo.

Se sintió frustrado. ¿La había herido de alguna forma con su insolente mirada? ¿La había ahuyentado? No, no había sido una mirada acosadora, solo perpleja, boquiabierta ante la belleza, como cuando uno mira un cuadro maravilloso o se emociona por una puesta de sol. ¡Solo había sido eso! Pero, claro, ella podía haberla interpretado de otra forma.

Una lástima.

Lo que daría por hablar con ella.

11

Ella o alguien como ella.

Oír su voz, seguramente dulce y pura. Asomarse a sus ojos, transparentes y diáfanos. Oler su perfume, embriagador a todas luces. Verla de cerca, la piel dorada, la nariz recta, los labios rojos como los pétalos de una rosa.

Lo mejor que podía hacer era olvidarse.

Sumergirse en la pista de baile, cerrar los ojos y dejarse llevar por la música.

Sí, lo mejor.

Iba a dar un paso, el primero, cuando la voz sonó a su espalda envuelta en un cercano susurro.

—¿Me estás buscando?

3

Se volvió sobresaltado.

Y allí estaba ella.

Como surgida de la nada.

Todo lo que había imaginado unos segundos antes, lo confirmaba ahora, viéndola de cara, frente a frente, apenas separados por unos centímetros.

Sí, la voz era dulce y pura, los ojos de un transparente abismal, olía como jamás hubiera imaginado, la piel era dorada y el rostro de una belleza inusual.

Tanto que dolía.

¿Existía el amor a primera vista?

¡Sí!

12

Ian no supo qué decir.

¿Ella le estaba hablando... a él?

La chica esbozó una sonrisa maliciosa. Agitó la melena pelirroja. No fue coquetería, fue más bien un acto de libertad y reafirmación. La melena era su poder, el color, la bandera. El rostro delimitaba los confines de su patria. Ian le calculó diecinueve, tal vez veinte, quizá veintiún años. Claro, que nunca había sido bueno interpretando el universo femenino. El maquillaje podía convertir a una adolescente en una mujer.

Intentó seguir mirándola a los ojos, sin bajar por la barbilla, el cuello, el escote pronunciado que abarcaba el nacimiento de aquel prodigio.

—No te había visto por aquí —volvió a hablar ella.

A pesar de la estridente música y el machacón ritmo, la oía perfectamente. Ella también era música. Modelaba cada sílaba, cada palabra. La voz fluía de sus labios envuelta en terciopelo.

—Es la primera vez —consiguió decir.

—¿Te gusta?

¿Era doble intención?

—Mucho —asintió.

La chica sostuvo su mirada. Ian trató de bucear en ella, pero era insondable. Podía significar cualquier cosa y se daba a no pocas interpretaciones. ¿Se estaba quedando con él? ¿Jugaba? ¿Por qué sonreía de aquella manera aparentemente tierna, pero al mismo tiempo burlona?

¿Por qué seguía siendo tan y tan dulce?

Cuando ella reaccionó, él no lo consiguió de inmediato.

Lo pilló por sorpresa.

Le cogió de la mano.

—Ven, vamos a bailar —dijo.

Ian no pudo hacer otra cosa más que seguirla dócilmente.

13

4

Recordó el nombre de la discoteca de pronto.

Paradise.

Y sí, estaba en el paraíso.

Bailaba con la chica más guapa, una auténtica belleza de cabello rojo, sin necesidad de ponerse colorado ni tartamudear para preguntárselo. Había sido ella la que acababa de acercarse a él. Y ella la que le había cogido de la mano para arrastrarlo a la pista.

Bueno, arrastrar no era la palabra.

Ian flotaba.

La pista estaba tan llena que, aunque bailaban sueltos, sin cogerse, daban la impresión de estar pegados,

cuerpo con cuerpo, cara con cara. Algunas hebras de pelo rojo le cosquillearon la nariz. Aspiró con fuerza aquel aroma hasta embeberse de él. Por un momento llegó a preguntarse si el cabello era de ella, real, auténtico. Luego pensó que era una tontería. ¿Qué más daba? Si no vivía a tope un momento como aquel, es que era idiota. Cerró los ojos por un instante, pero volvió a abrirlos de inmediato. Quería verla, no perderse ni un segundo de su contemplación. Ella sí bailaba con los ojos cerrados, entregada al ritmo.

Se pegó más y más a él.

Una serpiente, una odalisca. Cimbreaaba en torno a su cuerpo como una segunda piel. Y, sin embargo, no había provocación, no buscaba excitarle. Más bien formaba parte de un ritual. La música, el baile. La sensualidad era el todo, aunque decenas de partes colaboraran en ello. Ella era feliz y se le notaba en cada poro de su piel. Feliz por bailar y sentirse libre.

Y, si lo había escogido, sería por algo, ¿no?

Ian también empezó a sentirse libre.

Las cosas no siempre iban a salirle mal.

Sin preguntas, sin respuestas, *carpe diem*.

El tiempo dejó de existir.

De la misma forma que le había cogido de la mano para llevarlo a la pista, de pronto dejó de bailar y repitió el

gesto. La diferencia fue que, esta vez, acercó sus labios al oído de él para hacerse escuchar por encima de la música.

—¿Vamos a tomar algo?

—Sí, bien.

Una sonrisa.

Nada más.

Pero no soltó su mano.

Se abrieron paso por entre la abigarrada fauna hasta conseguir rebasar la última frontera de los que se entregaban al movimiento a través del ritmo. Las escalinatas que conducían al piso inmediatamente superior también estaban llenas. Un tapón humano impedía el libre acceso al bar, pero a ella no pareció importarle. Sin soltarle de la mano empezó a abrirse paso.

Ian recordó a Moisés y el mar Rojo.

Hasta que, de pronto...

No fue un choque. Más bien fue una intercepción. La figura del hombre apareció de repente frente a ella, cortándole el avance. Los ojos del aparecido captaron plenamente el detalle de las manos unidas. Bastó un segundo. Aun así, la chica no soltó a Ian.

La música quedaba ya un poco lejos.

No hacía falta gritar.

—Vaya —hizo una mueca socarrona el hombre—. Te había perdido el rastro.

Ian se había detenido al lado de ella. Notó como la mano se aferraba más, para que no la soltara. El hombre, unos veinticinco años, era un poco más alto que ellos. Vestía de manera informal, ropas caras, y era

atractivo. Uno de esos atractivos insolentes, seguro de sí mismo.

La voz de su compañera fue ahora seca.

—Déjame en paz, Luc.

—¡Eh, eh! —Luc puso las dos manos en forma de pantalla, con las palmas por delante—. No te pongas así, vamos. —Miró a Ian de manera distendida, como quien se fija en una mosca inoportuna posada sobre un mantel, antes de volver a centrar su atención en ella—. ¿Y este?

16

Ian ni siquiera pudo intervenir. La mano de la chica volvió a tirar de él sin dejar de mirar al intruso con ojos de fuego. Lo apartó con el brazo y este fingió echarse hacia atrás.

—¿Adónde vas? ¡Solo quiero hablar contigo!

Dieron un par de pasos.

Luc no hizo nada para detenerlos.

Pero su voz aumentó de tono.

—¡No puedes desaparecer así como así! ¡Marianon no te dejará!

Ella ya no se dirigió al bar. Cambió de rumbo. Sin soltarle a él de la mano caminó con paso firme hasta la entrada de la discoteca. Dejaron que el portero les pusiera el sello, para volver a entrar si querían, y ya no se detuvieron hasta dejar atrás el local.

Estaban en tierra de nadie, entre el templo lúdico y el aparcamiento.

—¿Quién era ese? —consiguió hablar Ian.

La chica acabó soltándole.

Se abrazó a sí misma.

Triste, enfadada, rabiosa.

—Un antiguo novio —dijo.

—Lo siento.

—No. —Se encogió de hombros—. Por suerte descubrí a tiempo que era un cretino.

—¿Y ese tal Marianon?

No tenía que haber preguntado, pero ya estaba hecho.

Ella dio un paso.

Volvió a quedar tan cerca de él que las respiraciones se confundían.

Los ojos eran ahora dos estanques de plata.

17

—No quieras saber todo de mí la primera noche, ¿vale? —susurró entrecerrando los párpados.

6

El aparcamiento tenía un muro relativamente bajo en el que parecía haber cola para sentarse encima. A pesar de ello, podían hablar. Nadie gritaba. Habían comprado dos cervezas a un vendedor ambulante y las degustaban despacio.

La chica volvía a sonreír.

Y, cuando lo hacía, su influjo era absoluto.

Ian se sentía atrapado en una invisible tela de araña de la que no quería escapar. Cruzaban miradas sin llegar a hablar. Más bien era un juego visual. Una forma de penetrar en la mente del otro.

O de intentarlo.

Dejó que ella hablara de nuevo la primera.

No quería meter la pata.

—¿A qué te dedicas?

—Estudio —contestó él.

—¿Y qué estudias?

—Biología.

—Un listillo, ¿eh? —Le guiñó un ojo.

—Yo no diría tanto. Simplemente me gusta. No soy un matriculero.

—¿Y has venido solo? ¿No tienes amigos?

Se puso un poco rojo sin poder evitarlo. Confió en que la penumbra del lugar lo disimulara.

18

—Llevo poco tiempo. No soy de aquí. El curso acaba de empezar y todavía no he hecho amigos. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿A qué te dedicas?

—Soy diseñadora.

—¿En serio?

—Sí, ¿qué pasa? —se extrañó—. ¿Soy demasiado joven o no doy el pego?

No supo qué decir.

Además, la palabra diseñadora abarcaba un infinito de posibilidades.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Nia.

—¿Es una abreviatura?

—Claro. A ver si lo adivinas.

—Calpurnia.

—¡Vete a la mierda! —Se echó a reír con ganas, echando la cabeza hacia atrás antes de recuperarse y aclarárselo—. No, es Nia de Estefanía.

—Entonces, hola, Nia. —Le tendió la mano—. Soy Ian.

La segunda carcajada fue aún más estentórea.

—¡Ian, Nia...! ¡Las mismas letras en distinto orden! ¡Increíble!

Ian pensó que lo increíble era estar allí con ella.

Simplemente feliz.

Los dos coches de la policía aparecieron inesperadamente.

Con sus luces, su impronta, su halo de prepotencia.

Ian pudo ver cómo Nia se tensaba.

—¿Se habrá producido alguna movida dentro? —dijo más como comentario que como pregunta.

Su compañera no respondió.

Vigilaba la presencia policial.

Reaccionó unos segundos después.

—Vámonos. —Saltó del muro dejando la lata de cerveza en él—. No quiero verme metida en ninguna movida.

«Vámonos».

Le incluía.

A Ian ya le daba igual volver a la discoteca o no. Todo lo que anhelaba estaba allí, a su lado.

—Bien —la secundó, aunque él sí apuró la lata.

—¿Has traído coche?

—No. He venido en taxi.

—Mejor —fue taxativa—. Yo tengo la moto ahí.

Le dieron la espalda a la discoteca y se internaron por el aparcamiento. Por detrás de ellos se escuchó una espiral de voces, protestas, algún grito. Si el incidente por el cual la policía estaba allí se había producido dentro, los problemas empezaban ya en el interior.

Hicieron el trayecto en silencio. Ian la observaba de reojo. Iba a marcharse con ella en su moto. ¿Adónde? Ni idea. Era como si la noche acabase de empezar.

20 La noche soñada.

—Es esta.

Casi se le descolgó la mandíbula. No era precisamente una moto pequeña o de escasa cilindrada. No entendía de potencias, pero estaba claro que con un cacharro así se corrían los grandes premios de Moto GP. Era una Kawasaki negra, enorme, una bestia. Imaginarse a Nia manejándola era...

La chica abrió el maletero. Sacó dos cascos y le entregó uno a él.

Un casco con la impresión o la pegatina de un tigre amenazante cubriendo la superficie.

El de ella tenía un león.

Se los pusieron en silencio. La enorme melena pelirroja desapareció bajo la protección. También el hermoso rostro de Nia. Con las mejillas apretadas y apenas espacio para los ojos, toda su cara quedaba encubierta.

No así el cuerpo.

Cuando se montó sobre la moto, la breve falda se le subió hasta arriba.